

REFORMA SIGLO XXI

PERSONAJES Y LUGARES DE MI PUEBLO. HISTORIAS DEL RÍO SABINAS: EL AGUAJE.

■Rubén Helio Mascareñas Valadez*

Cuando era niño, y más tarde en la adolescencia, me pasaba los veranos en el río Sabinas, desde el amanecer hasta ya metido el sol. Todos los charcos, desde la Turbina hasta el de tía Treja me eran familiares: el charco del Lobo, el del doctor Loyola, la presa de los vecinos, los Nueve Sabinos, las Paralelas, el charco Largo, las Peñitas y las Palomas.

En verano, cuando las lluvias son abundantes, el río trae creciente y llena el ancho cauce arrastrando en su corriente gran cantidad de árboles, troncos, ramas, piedras, hierba y peces en las aguas del color del barro o el café con leche.

Los Mascareñas vivíamos por la calle de Guerrero, a una cuadra del río y a mí siempre me fascinó la pesca. Atrapar a un ser vivo que se estremece entre las manos y hace esfuerzos por liberarse, que en cualquier descuido puede clavarte una de sus agudas y dolorosas espinas, es una sensación que al momento de recordarla revive en mi piel y me causa un escozor nervioso en las mejillas.

El hombre primitivo, que vivía de la caza y de la pesca renace en cada uno de nosotros al momento de convertirse en pescador. Y qué sentimiento de libertad, de autosuficiencia, de abandonarse a uno mismo a sus propios recursos proporciona la capacidad de alejarse, aunque sea por un rato, de las obligaciones familiares, las comodidades del hogar y entregarse de lleno al paisaje, haciéndose uno con la brisa fresca o el calor sofocante, recorriendo los caminos polvosos o las veredas serpenteantes, escurriéndose entre

los breñales de uña de gato, huizaches, mezquites, tasajillos, nopales, granjenos y coyotillos; saborear el olor de las jaras o la barreta, sentir los pies húmedos al contacto con las algas y hierbas acuáticas, nadar desnudos en un charco cristalino, competir, en fin, con tus compañeros demostrando las habilidades para zambullirse, nadar, permanecer bajo el agua, bucear al natural entre las piedras y raíces y disfrutar plenamente de todo lo que rodea a la siempre interesante aventura de pescar.

Una de mis primeras aventuras debe haber ocurrido cuando rondaba mi primera década. Arturo y Ramón, dos de mis vecinos, mayores que yo unos cuatro o cinco años, iban un día a pescar y pasaron por mi casa. Traían anzuelos, lombrices y una linda caña, la de Arturo, hijo del Sr. García, que vivía frente a mi

*Egresado de la Normal Pablo Livas, graduado en Psicología Educativa de la Escuela Normal Superior de México, titulado en Inglés y Francés en la Escuela Normal Superior Moisés Sáenz y Maestro en Pedagogía por la Escuela de Graduados de la misma institución. Conferencia en la Universidad de Limerick, Irlanda: "Manejo y comprensión de estructuras lingüísticas complejas del español a través de la expresión escrita, el caso de las escuelas bilingües del noreste de México". Autor de "El Sabinazo", un brote democrático, "Yo sirvo" biografía, y "100 años de Josefina Valadez Guerra y Octavio Mascareñas Medina". Medalla Rafael Ramírez y Medalla Ignacio Manuel Altamirano.



casa. Ramón, hijo del lechero, que vivía por la calle Lerdo, a la vuelta de la esquina, le hacía compañía. Ambos conocían también el río y dijeron que iban a recorrerlo pescando. Me les uní, aunque no contaba con los aperos necesarios. Ellos me los prestarían, a condición de que les compartiera lo que pescase.

Paralela a la banda norte del río hay una acequia que nace en la presa de los Vecinos, de la que se toma el agua para regar las huertas del Barrio del Aguacate, uno de los más bonitos de Sabinas Hidalgo, digamos que su barrio más representativo. También la acequia, que llevaba el agua cruzando los ancones cercanos al río, tenía sus “baños” o ensanches que las mujeres empleaban para lavar ropa y los muchachos para bañarnos. Uno de ellos era el Aguaje, que quedaba por la calle de Zaragoza, donde topa con el río. Esta calle se continuaba hacia el sur con un puente de madera en Las Peñitas, por el que se cruzaba hacia la colonia Lozano a la derecha y el barrio de Bellavista a la izquierda.

Otros bañitos estaban en el Sabino o Callejón, donde nace la calle de Mina; el Naranjo, donde inicia la de Matamoros; el de la casa de Juan Morales, donde principia la calle de Guerrero, lugar donde atrapé mi primera mojarra, cuando por casualidad cayó mi anzuelo con todo y vara en la acequia y rápidamente un rayo plateado mordisqueó la lombriz, quedando atrapado, sin posibilidad de escapar; las anacuas, en el solar donde tenía las vacas don Ramón, el lechero; el de Ramona, la del Güero, el de doña Aurelia, el de Armando el Tecolote, donde cobraban por bañarse y tal vez otros por el rumbo de la carretera, que yo no conocía.

Volviendo a la acción, los tres pescadores caminamos por Guerrero hasta Zaragoza. Ahí doblamos a la izquierda, para cruzar Matamoros y llegar hasta el aguaje, pasando la calle de Puebla, en cuya esquina vivía don Jesús Salazar. El Aguaje estaba lleno, pues la acequia traía bastante agua, toda revuelta, ya que el río estaba crecido. Nos pusimos a pescar. Podía uno lanzar el anzuelo en tres lugares: parándose sobre el puente y viendo hacia el remanso formado por el ensanchamiento del cauce, lo que llamábamos el Aguaje; debajo del puente, donde suponíamos que los peces se escondían; y en el espacio entre la cerca del lado poniente y el puente.

El puente se elevaba unos centímetros del nivel

de la calle y no tenía barandal, sólo un muro bajito de cemento, donde se paró Arturo. Desde ahí lanzó con su hermosa caña el curricán, tratando de pescar algo. Ramón metió el anzuelo debajo del puente, mientras yo me las ingeniaba para improvisar una caña. Encontré una vara de nogal, toda chueca y carente de la menor gracia en la que amarré una punta del hilo que me dio Ramón. Arturo me prestó un anzuelito y con una lombriz que ensarté cuidadosamente, lo metí en el espacio que quedaba entre la cerca vecina y el puente. Como menor que era, no podía importunar los lugares donde los mayores pescaban.

De pronto, Ramón y yo vimos azorados cómo Arturo levantó de un tirón su bonita caña y con ella un enorme bagre color verde tierno de unos dos kilos. Era una belleza, pero para nuestro mayor asombro, el pez dio un fuerte coletazo en el aire y se zafó del anzuelo, que se le había ensartado en el vientre. Ya he dicho que el agua estaba revuelta y corría con cierta violencia, así que el pez se enganchó por casualidad. Una foto que se hubiera tomado en ese instante sería testigo de lo que mi memoria guarda de aquel momento: un hermoso bagre que, levantado violentamente por Arturo, hizo un supremo esfuerzo por liberarse a costa de su vida, relampagueó a dos metros sobre el agua, se rasgó el vientre y cayó nuevamente a la impetuosa corriente.

Deliberamos un poco y cambiamos de lugar, ya que el presumido de Arturo quería atraparlo debajo del puente, donde seguramente se había refugiado. Como era quien mandaba en aquel grupo, por ser el dueño de los anzuelos y la carnada, le cedimos el lugar.

Yo lancé el anzuelo al aguaje y esperé pacientemente. De pronto, un fuerte tirón me indicó que algo había picado. Con gran emoción me apresuré a sacar el anzuelo del agua. Tiré con fuerza de la rama de nogal y en medio del puente, a media calle, para sorpresa de todos cayó un hermoso bagre color verde pálido, con un enorme agujero en el centro del vientre: era el mismo que minutos antes Arturo había enganchado accidentalmente y dejado escapar.

Lleno de felicidad, empecé a sentir que me trataban con mayor consideración, aunque pronto la envidia se hizo presente, al llegar el momento en que, pasada la mañana, ellos dos sólo pescaron una mojarrita y un bagrecillo.

Me hicieron el cuento largo. Que iban a seguir pescando todo el día, que yo no había pedido permiso, que no traía comida, que me podía pasar algo; hasta me dijeron que iban a llegar a los Tres Picos, el lugar más lejano que un chico sabinense de la época podía imaginar... mucho más allá del Ojo de Agua.

Al fin me convencieron de que no debía continuar con ellos y tuve que regresar a casa. Me

dieron dos pececillos y una moneda de níquel de cinco centavos.

Recuerdo que aquella tarde mi madre me estaba cortando el pelo cuando llegaron Arturo y Ramón. Le dijeron: -¿A que no sabe quién pescó este bagrezote? Fue Rubén, su hijo. Era un bagre de más de dos kilos y aún recuerdo el delicioso sabor del rico caldo de pescado que preparó la mamá de Arturo, del cual nos envió una probadita.

